

Daños colaterales

“¿Llamaste al señor que quería la reforma del ático?”, me pregunta. Antes de responder mi mente se fuga hasta el momento preciso en que me dio la orden. Yo archivaba los papeles y me dije: “Apenas termine, lo hago”, y luego pase a otra cosa, y a otra, hasta este momento, en que mi jefe, visiblemente molesto, me exige una respuesta. Me quedo tiesa y muda, encogida de hombros y noto como sus venas manan como relámpagos. Sé que me grita por los gestos de su cara, aunque no lo escucho, sé lo que dice. Me lo ha dicho tantas veces: “¿Serás tonta o tienes principio de Alzheimer?”; “Tienes una sola neurona y la pobre tiene problemas”; “No es tan difícil, hasta un mono amaestrado puede hacerlo”; “Estás arruinando mi negocio y mi reputación”.

Me pide un café con el último grito, luego coge el teléfono y me dice la famosa frase: “Si quieres algo bien hecho, tienes que hacerlo tú mismo”. Voy hasta la pequeña cocina-comedor del centro —apenas dos mesas con sus cuatro sillas, una encimera de metro y medio, un microondas, un dispensador de agua y una cafetera eléctrica—. Saco el sobrecito que guardo en una lata de veneno para cucarachas en la última gaveta del mueble. Nadie la toca por supuesto, es veneno. Me han comentado: “Aquí no hay cucarachas, mujer”, pero yo insisto: “Nunca se sabe”, y dejan el tema. La lata apenas molesta, es pequeña, nadie repara nunca en su presencia. Pero yo sé bien donde está, he fantaseado con abrirla muchas veces, con el sobrecito que guardo dentro. Nunca he llegado a sacar la dichosa lata, me conformo con imaginarme que le preparo un café con sorpresa. Esa es mi terapia de relajación. Me ayuda a soportarlo, sabiendo que está ahí, cerca, aguardando, que es solo una decisión mía. Me reconforto con esos pensamientos mientras revuelvo el café. Pero hoy no, es como si la lata me llamara con más fuerza que de costumbre, la muy obstinada, y juró que escucho que me insinúa: “El café es ideal”. Y no se calla, va a más, la lata continúa: “No porque ignores las cosas, van a desaparecer”. Ya

sus últimas palabras rozan el ensañamiento: “Recuerda, recuerda la visita”. Y yo empeñándome en ignorar la visita de la que me habla, la visita que tuvimos esta mañana. “Vengo por el puesto de secretaria”, dijo con seguridad la chica que parecía sacada... Mejor no digo de donde parecía sacada. “No necesitamos ninguna secretaria”, le contesté yo. Acaso no ve que ya está hablando con la secretaria. “Vengo de parte de Francisco”, insistió ella desafiante. Ese viejo verde, follador de secretarias, tenía que estar detrás de esto. Mi silencio la hizo volverse más atrevida. “No importa, ya volveré en otro momento, cuando esté el jefe”. Y claro está, aún continúa publicado el anuncio en la página: “*Se busca secretaria administrativa a tiempo parcial. Imprescindible experiencia en el sector de la construcción*”. En su momento me comentó la posibilidad de contratar otra secretaria, alguien que me ayudara, para probar. Pero al final la cosa no cuajó y olvidamos el tema. Bueno, parece que solo lo olvidé yo.

La tapa se resiste, hace tiempo que no se usa, desde el día que coloqué el compuesto mil ochenta camuflajeado en el recipiente de veneno para cucarachas. La aprisiono entre las rodillas y tiro de la tapa con las manos. No desisto, si el me viera...diría: “Si fueras tan persistente para llamar a las personas, nunca hubiera descoordinaciones en las citas con los clientes”. Eso mismo pienso yo, y continúo ejerciendo presión.

La tapa al fin cede y se va al piso, rueda hasta chocar con los zócalos, asomo medio cuerpo afuera para saber si el ruido ha llamado su atención. Por suerte no lo ha hecho, continúa pegado al teléfono muy simpático y sonriente. Sirvo una cucharada pequeña en el café y lo mezclo, mezclo con insistencia, con fuerza, luego añado otra, por si acaso y repito la operación.

Le llevo el café y mira el reloj en señal de protesta. Cuelga el teléfono. Me arranca la taza de las manos para acentuar su disgusto; se lo termina en dos sorbos y deja la taza sobre la mesa. Yo continúo de brazos cruzados frente a su buró. Sale tirando la puerta.

Archivo los papeles del día, pero no abro ningún expediente nuevo con las citas programadas para mañana, sé que no harán falta. Recojo todos los objetos personales y aguardo la noticia que llega a las seis de la tarde. Se ha caído en un andamio mientras realizaba la inspección de una fachada, víctima de vómitos y convulsiones. Llegó en coma al hospital y allí murió.

Me llevo las manos a la cara y lloro como las actrices de las radionovelas en Cuba, esas que tanto me gustaban. Emito gemidos y sollozos fingidos. Hay quien llora de verdad y no sé si sentirme mal o pensar que son estúpidos. Todos los difuntos son buenos, y este parece que no es la excepción, donde están las caras de alivio de esa gente que se burlaba de él a sus espaldas, de los que han salido de aquí tirando la puerta y conteniéndose para no reventarlo a puñetazos. Se acercan y me dan el pésame, lo asumo como algo más dentro de mi contenido de trabajo.

El día ha sido muy tenso, pero me siento aliviada porque al menos sé que será el último. Pienso en llegar a casa y mi cara se relaja, casi sonrío.

Me baño, ordeno un poco, cocino y hasta sirvo la mesa, pero me quedo esperando por él, que no llega, no llama, no escribe, que se cayó en el andamio y convulsionó sobre su propio vómito.

Y recuerdo y comprendo, al parecer, lo único que acaté a cabalidad de todo lo que me dijo cuando empezamos a salir juntos fue: “En el trabajo soy solo tu jefe y en la casa soy solo tu esposo. Aprende a separar las cosas”.

Y eso hice.

Dayana Abreu Yanes